

LA LLAMADA

El corazón se le estrujó como se estruja una esponja hasta que se queda seca. Agarró fuerte la mano de su mujer, que estuvo a punto de desplomarse. Él se temía aquella noticia, llevaba meses rumiándola y ya la tenía más que interiorizada. Más bien, era la idea quien le había rumiado a él y le había dejado sin vida. Salieron despacio de la sala, agarrados, a pasitos pequeños como si fueran dos ancianos octogenarios. No dijeron nada, porque cuando el dolor lo cubre todo, las palabras se quedan sin sentido.

En la calle, hacía un frío invernal pese a ser primeros de otoño. Él se sacó el paquete de tabaco y se encendió un cigarro. Había vuelto a fumar para apaliar el sufrimiento que llevaba soportando el último año. Ya todo daba igual, su vida había pasado a un segundo plano. Ninguno de los dos cenó, se metieron en la cama sin un beso de buenas noches, ni una muestra de cariño, como era lo habitual desde que lo hospitalizaron. A las seis de la mañana sonó el despertador, su mujer lo agarró más fuerte para que no se separase de ella. Él dudó por un instante entre continuar en la cama o levantarse para ir a la fábrica. Dio un resoplido y se levantó. Fue al baño y el espejo le devolvió una imagen de un rostro decrepito, muestra de las noches en vela. Pasó por delante de la habitación de su hijo, que seguía cerrada para no entrar en el dolor. Se calentó un café en el microondas y se lo bebió mirando a la nada. Se le derramaron las lágrimas y se puso la mano en los ojos tratando de sostener el lamento.

En el trabajo trató de mantenerse firme, pero no fue capaz. A segunda hora, cuando estaba frente al torno, se vino abajo. El encargado lo tomó del brazo y lo llevó al vestuario.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con tono paternal.

—Nos han dicho que no se puede hacer nada, la lista de espera para un hígado de su tipo es muy larga, ya solo es cuestión de días o como mucho semanas.

Las horas en el hospital se hacían eternas. Los familiares iban cayendo por goteo como el suero de la bolsa. A media noche, entró un enfermero a ver al niño. Tenía un gesto taciturno con una sonrisa cínica y unos ojos pequeños como canicas hundidas en un pozo, que miraron a Pablo de soslayo. Al salir de la habitación le hizo una seña para que se acercase. Pablo no había visto nunca a ese sanitario, aun así, se levantó y se acercó a él. El enfermero alzó el paso y se metió en una sala de espera donde no había nadie. Se sentó y dio unas palmadas en el banco para que Pablo también se sentara.

—¿Cuántos años tiene?

—Doce.

El auxiliar seguía con su sonrisa en la cara. Sus ojos oscuros estaban más pendientes de las dos puertas de la sala, que de Pablo.

—Una pena, ¿sabes? En esta vida todo tiene remedio menos la muerte.

El silencio funerario que habitaba en el hospital se adueñó de la habitación. Pablo se molestó por el comentario. Había algo en ese hombre que no le gustaba, su sola presencia le desagradaba.

—Yo te puedo conseguir eso que tanto ansías —continuó el hombre—. Si quieres que todo vuelva a la normalidad y que tu hijo se salve, ¡llámame!

El enfermero le dio una tarjeta blanca con un número de teléfono impreso y desapareció de la sala como el humo. Pablo siguió allí sentado mirando la tarjeta que tenía un número extranjero. El corazón le latía tan fuerte que casi podía escucharlo. Entró un celador en la sala y Pablo guardó la tarjeta, se levantó y fue a la habitación. Pensó en despertar a su mujer que estaba bajo los efectos de las últimas pastillas que le habían recetado para conciliar el sueño. Observó a su hijo hasta que se hizo de día y vino la primera enfermera.

—¿Habéis contratado a un enfermero nuevo? —preguntó Pablo.

—¿Cómo?

—¿Si hay un enfermero nuevo en planta? Ayer vi uno nuevo que no había visto nunca.

—No que yo sepa.

Bajó a la cafetería y se pidió un café. Salió fuera y mientras se fumaba un cigarro llamó al número, impulsado por la curiosidad. Le contestó la misma voz de la noche anterior.

—Soy el hombre de ayer, quiero más información de lo que puedes conseguirme —dijo Pablo con voz trémula.

—Muy bien, eres un buen padre, Pablo. Mañana en la plaza Espino junto al bar Royal a las 21 horas.

Se quedó con la palabra en la boca. No estaba seguro de si acudir, decírselo a su mujer u olvidarse de todo. A la mañana fueron sus padres al hospital para que ellos se pudieran ir a casa a asearse. Estaba haciendo la comida cuando escuchó un ruido en el baño. Se encontró a su mujer tirada en el suelo riéndose y con la baba cayéndole por la boca. «Me he caído, cariño, el baño resbala mucho» dijo riéndose. «¿Cuántas pastillas te has tomado?» «No sé, dímelo tú» le contestó sin poder parar de reírse. Pablo tragó saliva y la levantó. Luego fue corriendo a la cocina porque el revuelto de gambas se le estaba quemando y estaba desprendiendo un olor insoportable por toda la casa. Unas lágrimas cayeron en la sartén evaporándose al momento.

A las 9 en punto estaba en la esquina acordada. A las 21:07 apareció el hombre de los ojos diminutos.

—¡Camina conmigo! Voy a ser muy rápido. Un hígado para tu hijo te sale a 90.000 euros. La operación sería en Costa Rica. La mitad por anticipado y la otra mitad en el momento de la operación. La gente que lo hace está muy preparada, pero en estas cosas pueden salir complicaciones de las que no nos hacemos responsables ¿entiendes?

Pablo afirmó con la cabeza y le preguntó:

—¿Y después de la operación?

—El niño se queda en la clínica hasta que pueda volar, aquello está bien preparado, hacemos operaciones casi todos los días. No tienes por qué preocuparte. Si decides seguir adelante vuelve a llamarme para organizarlo todo.

Pablo miró a los ojos vacíos y oscuros del hombre, que se dio la vuelta y desapareció entre las calles.

Los cuatro días siguientes fueron una marisma inundada de pensamientos y miedos que se agolpaban entre sí. Las piezas repetitivas que pulía en el torno de la fábrica, se hacían cada vez más pequeñas. Les hacía agujeros por un lado, las roscaba por otro, les practicaba unos cortes en los costados, creando así, una pieza para hacer funcionar a una máquina que desconocía. Diseccionaba una pieza de poco valor, para dar vida a otra más compleja. En su mano estaba la vida de su hijo y tal vez, la de otra persona. La cantidad de la intervención la podía asumir con la herencia de su difunta abuela, pero la culpa de ser cómplice de un asesinato, no la podía asumir tan fácilmente. ¿Y si el hígado provenía de una persona a punto de morir? En ese caso no habría daños colaterales y su conciencia podría quedarse tranquila. ¿Y si la operación salía mal o el órgano estaba en malas condiciones? Su cabeza era un volcán a punto de estallar. Se había convertido en un ente vagabundo entre el mundo de los vivos. Un ente con la capacidad de Dios para decidir quién vivía y quién moría, solo que él no estaba en todas partes, si no encerrado en una triste situación que le ahogaba la existencia.

Volvió a casa ajeno a la carretera, el tráfico o el paisaje que corría tras sus ojos. Se encontró a su mujer con el pijama sucio puesto del revés viendo un documental de animales en la televisión. Todavía no había sido capaz de contarle la propuesta del enfermero misterioso. No la veía capacitada para tomar una decisión sensata y temía sentirse influenciado por ella sin tener aún las cosas claras por su parte.

—He visto por la tele que las infusiones de romero pueden curar el hígado y las he comprado para llevarle a Guille. —le dijo mientras se metía a la boca unas patatas fritas de bolsa a las que se había aficionado el último año, las cuales, entre otras cosas, le habían hecho engordar unos veinte kilos.

A Pablo le pareció absurdo. La imagen de ella le produjo más dolor.

—Haz lo que quieras si eso te va a dejar más tranquila.

—¿Es que tú no piensas hacer nada? —le gritó con otro de sus ataques de ira—, yo estaría dispuesta a dar mi vida por salvarle y tú no eres capaz de hacer nada, ¿no te das cuenta de que nuestra vida no va a tener sentido si Guille se nos va?

Por detrás se escuchaba el documental: «En esta escena vemos como la ley de la selva cae con aplomo sobre los más débiles. Son los fuertes los que sobreviven y permanecen con vida sin reparar en las víctimas que dejan tras de sí.» Pablo fue a su cuarto y cogió su móvil.

DIEGO PEÑAFIEL OCIO